

Mercedes Cabello de Carbonera

Sacrificio y Recompensa

Novela

*Edición basada en la de Lima,
Imprenta de Torres Aguirre, 1886*

INDICE

<i>Dedicatoria</i>	<i>ix</i>
– I –	1
UNA EXCURSIÓN AL SALTO DEL FRAILE	
– II –	7
ÁLVARO GONZÁLEZ	
– III –	10
DONDE SE VE ALGO QUE INTERESA CONOCER	
– IV –	14
EL PRIMER AMOR	
– V –	18
LAS LÁGRIMAS SE CAMBIAN EN RISAS	
– VI –	20
DON LORENZO	
– VII –	24
LO QUE ERA ELISA PARA D. LORENZO	
– VIII –	27
LO QUE PASABA ERA EL CORAZÓN DE ÁLVARO	
– IX –	30
PROYECTOS PARA EL PORVENIR	
– X –	34
UNA NUEVA INESPERADA	
– XI –	39
COMPLICACIÓN IMPREVISTA	
– XII –	43
CARTA DEL SEÑOR GUZMÁN	
– XIII –	46
LA CARTA DE CATALINA	
– XIV –	51
LOS PROYECTOS DE ÁLVARO	
– XV –	53
LA VUELTA A LIMA	

– XVI –	59
CATALINA	
– XVII –	61
UN DIÁLOGO INTERESANTE	
– XVIII –	65
LAS AMBICIONES DE ELISA	
– XIX –	70
LA COPA DE CHAMPAÑA	
– XX –	74
LOS ESPOSOS	
– XXI –	78
REMINISCENCIAS DEL PASADO	
– XXII –	81
LO QUE PASÓ EN EL CORAZÓN DE CATALINA	
– XXIII –	85
DIFICULTADES Y COMPLICACIONES	
– XXIV –	89
EL SEÑOR MONTIEL	
– XXV –	91
UN NUEVO PERSONAJE	
– XXVI –	102
DE CÓMO DOS AMANTES PUEDEN CAUSAR TANTO MIEDO COMO DOS MALHECHORES	
– XXVII –	106
LOS PROYECTOS DEL SEÑOR MONTIEL	
– XXVIII –	112
LOS TERRORS DEL SEÑOR MONTIEL	
– XXIX –	117
LAS DOS RIVALES	
– XXX –	122
UN ENCUENTRO DESEADO	
– XXXI –	127
NECESIDAD DE IR A UN BAILE	
– XXXII –	132
LO QUE SUCEDIÓ EN EL BAILE	
– XXXIII –	141
UN COMLOT	
– XXXIV –	145
LO QUE HACÍA ÁLVARO DURANTE SU AUSENCIA DEL BAILE	
– XXXV –	150
EL AMOR SALVA A LA VIRTUD	
– XXXVI –	157
EL CADÁVER DEL SEÑOR MONTIEL	

– XXXVII –	161
EL DÍA SIGUIENTE	
– XXXVIII –	163
EL DIÁLOGO DE DOS DESCONOCIDOS	
– XXXIX –	168
MATRIMONIO Y PRISIÓN	
– XL –	171
UN PUNTO OSCURO EN EL HORIZONTE	
– XLI –	175
ÁNGUSTIAS Y SOSPECHAS	
– XLII –	178
LA DECLARACIÓN DE ÁLVARO	
– XLIII –	182
DEFENSOR Y DEFENDIDO	
– XLIV –	187
REVELACIÓN INESPERADA	
– XLV –	192
EL SUEÑO TRANQUILO DE CATALINA	
– XLVI –	194
ESTELA Y ÁLVARO	
– XLVII –	200
UNA NUEVA DESGRACIA	
– XLVIII –	203
CATALINA EN EL DORMITORIO DE ESTELA	
– XLIX –	208
¿HAY ESPERANZA?	
– L –	212
CATALINA INTENTA SALVAR A ÁLVARO	
– LI –	221
LA REVELACIÓN	
– LII –	228
CATALINA EN EL CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN	
– LIII –	232
UN GOLPE DE MUERTE	
– LIV –	237
LA CARTA DE CATALINA	
– LV –	244
RECONCILIACIÓN	
– LVI –	248
EL VERDADERO PADRE DE ELISA	
– LVII –	253
RECOMPENSA	

DEDICATORIA

A Juana Manuela Gorriti

Sin los benévolos aplausos que Vd. mi ilustrada amiga, prodigó a mi primera novela “Los amores de Hortencia”, yo no hubiera continuado cultivando este género de literatura que hoy me ha valido el primer premio en el certamen internacional del Ateneo de Lima.

Separarme del realismo, tal cual lo comprende la escuela hoy en boga, y buscar *lo real* en la belleza del sentimiento, copiando los movimientos del alma, no cuando se envilece y degrada, sino cuando se eleva y ennoblece; ha sido el móvil principal que me llevó a escribir “Sacrificio y recompensa.”

Si hay en el alma un lado noble, bello, elevado, ¿por qué ir a buscar entre seres envilecidos, los tipos que deben servir de modelo a nuestras creaciones? Llevar el sentimiento del bien hasta sus últimos extremos, hasta tocar con lo irrealizable, será siempre, más útil y provechoso que ir a buscar entre el fango de las pasiones todo lo más odioso y repugnante para exhibirlo a la vista, muchas veces incauta, del lector.

El premio discernido por la comisión del Ateneo, me ha probado que, en “Sacrificio y Recompensa”, no he copiado lo absurdo e inverosímil, sino algo que el novelista debe mirar y enaltecer como único medio de llevar a la conciencia del lector lección más útil y benéfica que la que se propone la escuela realista.

Dedicarle esta novela, no es, pues, sino un homenaje a sus principios literarios, y un deber de gratitud que cumple su admiradora y amiga

Mercedes Cabello de Carbonera
Lima, Noviembre de 1886

- I -

UNA EXCURSIÓN AL SALTO DEL FRAILE

Amanecía un hermoso y poético día del mes de Mayo. Los ardorosos meses del verano habían pasado y las ligeras nieblas, que los rayos del sol naciente doran, anunciaban los templados meses del otoño. En estos meses nuestros campos, con su eterna primavera, principian a cubrirse de nuevas flores, y las gotas de rocío osténtanse sobre el reciente brote de las plantas que parecen exhalar savia de sus brillantes hojas.

A favor de templada y dulce temperatura, la vida circula en la naturaleza como la sangre en el organismo; esa vida, que es el alma ignorada y oculta de la naturaleza que se agita, se mueve y palpita, desde el molusco hasta el hombre, desde el alga hasta el cedro; y que parece que habla, suspira, gime, brama, ora con el monótono ruido de la lluvia al caer en el azulado lago, ora con el acompasado rumor de las ondas al estrellarse en las quiebras de las rocas, o bien con las encrespadas olas que levanta la tempestad y arremolina el huracán.

En estos meses nuestra campiña es bellísima: conserva toda la galanura de la primavera embellecida por el frescor de las primeras lluvias del invierno.

Y estos encantos tienen doble atractivo, mayor belleza, cuando se gozan desde una eminencia, cerca del mar, teniendo a la vista las azuladas lontananzas del océano que retrata en sus aguas el trasparente cielo y reproduce en sus ondulaciones la luz del sol, que viene a quebrarse en mil cambiantes colores; cuando se contemplan desde el pintoresco cerro del "Salto del Fraile" de donde se divisa la extensa campiña, que circunda una parte de Chorrillos, de ese, en otro tiempo suntuoso y lindo pueblecillo, a donde vamos a conducir al lector, para, con su venia, presentarle algunos de los personajes que figuran en esta historia.

Las seis de la mañana acababan de sonar en el reloj de la vetusta iglesia de Chorrillos, cuando de uno de los más elegantes y lujosos *ranchos* de la calle de Lima una de las mejores de ese pueblo, salía un grupo de cuatro perso-

nas, que se dirigieron al pintoresco paraje denominado “El Salto del Fraile.”

Antes de seguir adelante, abriremos un paréntesis para explicar la palabra *ranchito*.

Lima, como ha dicho la eminente novelista J. M. Gorriti, es la ciudad de los contrastes, y nosotros decimos, lo es, no sólo en sus edificios sino también en el nombre que da a éstos.

En el fondo de la plaza de Lima existía entonces una casa fea, vieja, huera, que parecía esconderse entre multitud de tiendas que formaban el más deplorable corrillo arquitectónico. No ha mucho tiempo, que en esas tiendas, que bien podríamos llamar tendejones, vendíanse planchas, jaulas, ollas, útiles de cocina e instrumentos de labranza; pues bien, esta aglomeración de todo lo más prosaico y anti-artístico de la vida, formaba el frontis de lo que enfáticamente llamamos Palacio de Gobierno¹.

En cambio, en Chorrillos, uno de los pueblos de los alrededores de Lima, que, como otros muchos, es hoy montón de calcinados escombros que manifiestan que por allí pasó la asoladora vorágine de la guerra²; en Chorrillos, decimos, había palacios suntuosísimos, que por su grandioso aspecto, diríase representaban, hiperbólicas piezas heráldicas, símbolo de magnificencia y riqueza; pues bien, así como a la pobre y vetusta casa de Gobierno llamámosla Palacio, del mismo modo llamamos, sin duda por antítesis, ranchos, a los suntuosos palacios, levantados en Chorrillos.

Hay más: al lado de esos magníficos edificios que se alzaban ostentando los adelantos del arte, y refinamientos del lujo, sacaba su cabeza pelada y desprovista de todo adorno, el *ranchito* humilde y sencillo del industrial y también del artesano, asemejándose a muchacho andrajoso y atrevido que se intercalara entre grandes y peripuestos³ señores.

Estos, que, a primera vista, parecen estupendos e inexplicables contrastes, tienen, para los que conocen nuestras tradiciones, fundada explicación.

Los nombres de las cosas y personas se derivan muchas veces, más de las costumbres y tradiciones de un pueblo, que de las reglas impuestas por la Academia de la Lengua.

Así, pues, la que es hoy pobre y oscura morada del Presidente de la República, fue en otro tiempo la residencia señorial de los fastuosos Virreyes del Perú, y a pesar de las injurias del tiempo y de la incuria de sus moradores, seguimos llamándola Palacio. Así hemos condenado los lujosos palacios

1 Resulta curioso el hecho de que en Buenos Aires se daba la misma situación frente a la casa Rosada. Recién en 1883 Torcuato de Alvear, primer intendente de la ciudad federalizada, decidió echar abajo la “vieja recova” que dividía a las dos plazas (de la Victoria y 25 de Mayo) y unificarla en una sola, que llevaría el nombre de Plaza de Mayo.

2 Se refiere a la Guerra del Pacífico (1836-1839) entre Chile y la Confederación Peru-Boliviana. El 13 de enero de 1881 tuvo lugar la Batalla de Chorrillos, una de las más sangrientas de la guerra; el ejército peruano tuvo cerca de 12.000 bajas, y los chilenos unas 3.300. Terminada la batalla los soldados chilenos al entrar victoriosos al lujoso balneario de Chorrillos, cometieron saqueos, abusos, desmanes y violaciones, no respetando las banderas neutrales, matando civiles y luego incendiando el lugar pese a los intentos de sus propios oficiales de frenar a quienes, borrachos, incluso se mataban en riñas entre ellos, produciéndose más de 200 muertos a manos de sus propios compañeros.

3 *Peripuesto*: que se adereza y viste con demasiada delicadeza y afectación

de Chorrillos a ser *ranchos*, nombre que, entre nosotros, se da a las chozas o cabañas miserables, tejidas con caña silvestre, y con la no menos silvestre *totorá*⁴. Lo que demuestra que en otro tiempo no hubo en Chorrillos sino miserables chozas de humildes pescadores.

El lujo y la moda llevaron allá los inmensos caudales que, en aquella época, se derramaban como desbordado torrente, y se formó un pueblo bellísimo, favorecido en las temporadas de baños por lo más opulento y distinguido de la sociedad limeña.

Como hemos dicho, un grupo de cuatro personas, salió de uno de los ranchos y dirigióse hacia el malecón, para seguir de allí el camino que conduce al “Salto del Fraile.”

El sol, velado por las primeras brumas del invierno, favorece, en estos meses, este género de excursiones, que, en otro tiempo, no lejano, formaron las delicias de las familias que veraneaban en la aristocrática Villa de Chorrillos.

Aunque el terreno es arenisco y pedregoso, hacíanse estos paseos a pie, como van a hacerlo nuestros cuatro personajes.

Sigámoslos y escuchemos su conversación. Ella daranos a conocer algo que nos interesa, y que es el principio de esta historia.

—¡Qué hermosa mañana! —dijo una linda joven, arrebujándose en una bufanda blanca como el armiño.

—Sí, muy bonita pero algo fría, —agregó un hombre como de sesenta años, que respondía al nombre de Lorenzo.

—Peregrina ocurrencia la de ir al Salto del Fraile a esta hora, —dijo por lo bajo una mujer que frisaba con los cincuenta. Por su aspecto, por su apagada expresión, y su modesto vestido, parecía ser aya de la joven. En sus facciones inmóviles, y en su mirada apacible, se veía a la mujer de tranquilas pasiones, que vive con la vida sosegada de los seres que tienen, no sabremos decir, si como felicidad o desgracia, en lugar de corazón, una válvula sin más destino que arrojar acompasadamente la sangre que sostiene la vida.

Un gallardo joven, de veintiséis años y de varonil aspecto que formaba parte de la comitiva, dirigiéndose a la joven que iba a su lado:

—Dígame usted, señorita Estela, ¿es verdad que el Salto del Fraile es un paraje tan hermoso como me lo han pintado?

—¡Oh! sí, señor Álvaro; es bellissimo, encantador, dijo entusiasmada Estela.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —preguntó Álvaro.

—Una hora hasta la orilla del mar, —contestó la joven a quién habían llamado Estela.

—Y ¿a qué debe ese hermoso paraje su significativo nombre? —preguntó el joven, dirigiéndose a don Lorenzo.

—Hay varias versiones; pero la más aceptada es, que un fraile se arrojó al mar desde uno de esos altos picos.

4 *Totorá* (del quechua *tutura*), *Scirpus californicus*, planta perenne común en esteros y pantanos de América del Sur. El tallo se usa en la construcción de techos y paredes para cobertizos y ranchos, asientos de sillas, alfombras, etc. En el Lago Titicaca y en algunas playas del Perú es tradicional la construcción de embarcaciones de totora

—Iría a buscar, como la desgraciada Safo⁵, el remedio de alguna pasión desgraciada, —contestó el joven Álvaro.

—Fáltanos saber, —dijo D. Lorenzo,— si alcanzó su objeto o no hizo más que rendir la vida en aras de ese sexo maldito, que, no en vano, detesto yo tanto, considerándolo como causa de todas nuestras desgracias.

Este anatema, bien extraño en hombre de los años y el aspecto de D. Lorenzo, hubiera, en otra ocasión, excitado la risa del joven; pero al presente parecía preocupado por un triste recuerdo, y con acerba expresión exclamó:

—¡Ah! ¡curarse de un amor desgraciado es casi imposible!

Y después de un momento, como si quisiera dar otro sesgo a la conversación preguntó:

—¿Qué han sabido, del Sr. Guzmán?

—A propósito, —agregó Estela,— es necesario que nos cumpla lo que nos tiene ofrecido, de contarnos cómo y dónde conoció a papá. Por lo que él nos ha escrito, Vd. es un amigo por quien guarda grande estimación, colmándolo de toda suerte de alabanzas.

—¡Oh! El Sr. Guzmán es excesivamente bondadoso para conmigo, por lo que le estoy profundamente agradecido.

—Nos dice, —agregó D. Lorenzo,— que se propone Vd. un viaje de recreo.

—Sí, es verdad, aunque mejor debiera haber dicho un viaje de remedio, en el que busco la curación de males físicos y morales.

—Se curará, no lo dudo, y gozará Vd. mucho, muchísimo, —dijo D. Lorenzo.

—No, amigo mío, —contestó Álvaro,— yo digo como Madame Stael⁶, que el viajar es uno de los placeres más tristes de la vida.

—No así cuando es un joven como Vd. el que viaja.

—Pero sí, cuando se viaja proscrito, desterrado, llevando en el alma un pesar que mata, y en el corazón una herida que sangra.

—Vd., Sr. Álvaro, tan joven y tan alegre, ¿lleva penas en el alma y heridas en el corazón? —dijo Estela mirando al joven con investigadora mirada.

—Desgraciadamente, —agregó Álvaro,— la juventud no es valla inexpugnable para el dolor. Muchas veces suele ser imán que lo atrae, y lo que es la alegría del semblante, no siempre es la expresión de lo que el corazón siente.

—Ya había adivinado, —dijo la joven,— que Vd. tenía algún oculto pesar;

5 *Safo de Lesbos*: (aprox. 650 a.C. - 580 a.C.) Poetisa griega, maestra de jóvenes aristócratas. Se cree que para borrar su amor por el marinero Faón se arrojó al mar desde la roca de Leúcade, una isla del mar Jónico, cerca de Corfú, famosa por su promontorio desde el cual se precipitaban al mar los infortunados amantes en un ritual destinado a curar la pasión y borrar el recuerdo de sus penas. El ritual nació de la leyenda de Venus, que añoraba a Adonis y recurrió a Apolo, quien le aconsejó el salto. Obedeció la diosa y salió de las aguas tranquila y consolada. El ritual era reputado como infalible, y la gente acudía desde las más alejadas regiones. Se preparaban por medio de sacrificios y ofrendas, y se comprometían por medio de un acto religioso, persuadiéndose de que con la ayuda de Apolo sobrevivirían al peligroso salto y recobrarían la calma y la felicidad. Consta que no hubo mujer alguna que sobreviviese a la prueba, y solamente algunos hombres pudieron resistirla.

6 *Madame de Staël*: Germaine Necker, baronesa de Staël-Holstein (1766-1817) mujer de letras, su salón al inicio de la revolución francesa se convirtió en un ámbito de gran influencia intelectual.

pero no comprendo ni puedo explicarme la causa de sus penas.

—¿En tan pocos días que me conoce, ha podido Vd. ya sondear los secretos de mi alma? —dijo Álvaro sonriendo.

—Cuando se mira con interés, se ve muy lejos, contestó candorosamente la joven.

—Las mujeres miran con interés todo lo que excita su curiosidad, —dijo el joven.

—O también lo que afecta su corazón, —agregó D. Lorenzo.

—¡Y es tan fácil interesar el corazón de una niña! —exclamó Doña Andrea.

—Sí, muy fácil, pero muy peligroso, —agregó el joven.

—Los hombres que viajan, deben huir de ese peligro como de un escollo, —dijo D. Lorenzo con sentencioso tono.

—O también buscarlo como puerto de salvación agregó con tristeza Álvaro.

En este punto de la conversación se encontraban cuando principiaron a subir la cuesta del cerro, tras del cual se descubre el bello panorama que ofrece el agitado mar del Salto del Fraile.

Habían atravesado parte de la calle de Lima, donde se ostentaban los más lujosos ranchos; entraron en el Malecón y siguieron el camino directamente.

Mientras duró la ascensión, ninguno de ellos hallaba sino una que otra palabra referente al pedregoso piso que dificulta la ascensión e impide avanzar con ligero paso.

Cuando llegaron a la cumbre del cerro, D. Lorenzo, después de levantar el cuello de su levita para que le abrigara mejor, y frotándose las manos en señal de contento, exclamó:

—¡Qué hermosa vista!

—¡Grandioso panorama! —dijo Álvaro, paseando su mirada por el vasto horizonte que desde allí se descubre.

—Grande como todo lo que retrata el poder de Dios, —dijo con sentenciosa entonación D^a. Andrea.

—¡Oh, qué hermoso! Me parece que estuviera en la gloria, —dijo con alborozo Estela.

No eran exageradas las exclamaciones de los paseantes al cerro del “Salto del Fraile.”

El panorama que desde la cumbre se divisa, es bellísimo, imponente.

Por un lado la hermosa campiña, que, como una cinta de esmeraldas, rodea la en otro tiempo risueña y elegante villa de Chorrillos; del otro lado, el mar con sus agitadas, turbulentas olas que vienen, con furioso ímpetu, a quebrarse contra los altos y verdinegros picos de las rocas, que, con imponente majestad, parecen desafiar altivos aquel furor. El mar, como infatigable gigante, después de romper con horrisonos ⁷ bramidos sus encrepadas olas, cae

7 *Horrisono*: lo que con su sonido causa horror y espanto

en innumerables cataratas que esparcen blanquísima y menuda lluvia y corre luego con furia por entre las profundas quiebras, las grandes grietas y fragosidades ⁸ de las rocas.

El aire saturado de sales marinas y del delicioso, balsámico perfume de las retamas ⁹ del prado, parece traer toda la savia que le prestan las plantas y el mar.

Estela respiró con delicia ese ambiente, y volviéndose a Álvaro miróle con ojos expresivos y dulces. Él, como si aquel paisaje recordara a su corazón algo muy caro, permaneció con la vista fija en el horizonte, y exhaló un doloroso suspiro, sin notar la mirada apasionada de la joven.

⁸ *Fragosidad*: aspereza y espesura de los montes, o camino lleno de asperezas

⁹ *Retama*: *Retama monosperma*, planta arbustiva, que puede llegar a alcanzar porte arbóreo, con ramas flexibles verde-grisáceas y con hojas pequeñas, lineares y caducas. Las flores, muy olorosas, son de color blanco

- II -

ÁLVARO GONZÁLEZ

Después de un momento de muda y extática contemplación, principiaron a descender rápidamente, hacia el lado opuesto, hasta llegar a la playa.

Cuando estuvieron abajo, fueron a sentarse en uno de los sitios, más pintorescos y principiaron a departir amistosamente.

Estela aprovechaba todas las ocasiones que se les presentaban para inquirir cuanto pudiera tener relación con el pasado del joven, de seguro deseando disipar algunas dudas, que atormentaban su corazón.

También D. Lorenzo, aunque con diversa intención, investigaba con empeño todo lo que condujera al conocimiento de los antecedentes del joven extranjero, así que, mirándolo atentamente, dijo:

—Cuéntenos Vd. algo de su residencia en Estados Unidos y de su amistad con el Sr. Guzmán, mi protector y amigo.

—Sí, —repuso Estela,— díganos todo lo que sepa de papá. Va a cumplir un año de ausencia y aún no nos habla de su regreso.

Álvaro, con el tono franco y natural del hombre de mundo, dijo:

—Cuando yo venía de Nueva York para el Perú, él se dirigía para Cuba; así es que pude yo darle cartas de recomendación, para mis amigos, como él medió para los suyos. Solamente he lamentado que mi familia no estuviera en Cuba; de otro modo estarla él en mi casa con la misma confianza, que estoy en la suya.

—Nos ha dicho Vd., —agregó Estela,— que a una feliz casualidad, debe el haber conocido a papá, cuéntenos Vd. eso.

Álvaro, como si él también tuviera empeño, en dar a conocer su pasado, con varonil a la par que conmovido acento dijo:

—Ya saben ustedes que soy cubano, y que he tenido, no sé si la dicha o la desgracia, de recibir el primer beso maternal, bajo el hermoso cielo de esa heroica, aunque desgraciada Antilla.

Poco más de un año hace que dejaba yo sus costas, enfermo, casi moribundo, con una herida recibida en los campos de batalla, que me obligó a buscar la salud lejos de los campamentos, donde hacía un año que pasaba la vida en medio de las mayores y más espantosas privaciones.

Este brazo, que ven ustedes tan fuerte, estuve a punto de perderlo; porque cuando recurrí a los cirujanos, creyeron que era demasiado tarde para salvarlo. En el entusiasmo bélico de que me sentía poseído, no había querido abandonar el campamento, sino cuando me sentí sin fuerza y amenazado de muerte. Al fin, fue preciso alejarme del suelo de la patria, y puedo decir que vi perderse en lontananza las altas cúpulas de sus torres, como quien ve disiparse la última esperanza de felicidad. Desde aquel día mi alma ha variado por las floridas costas de Cuba, como la gaviota en torno del amado nido.

¡Ah! los que viven tranquilos y dichosos en una tierra libre y feliz no conocen ni pueden comprender, la pena del que deja a su patria, aherrojada en poder de sus tiranos y se aleja para no volver, tal vez, a respirar su tibio ambiente.

Recostado en la borda del buque miraba con pena aquel pedazo de tierra, que con tanta amargura se deja, cuando queda, como está hoy Cuba, destrozada y amordazada por sus dominadores. De súbito sentí que una mano se posaba en mi hombro, volvíme sorprendido, y un hombre de respetable aspecto me dijo:

—Perdone Vd., caballero, que le hable sin conocerlo: pero acabo de saber, que es Vd. entusiasta defensor de la causa de Cuba, y como yo tengo tanta simpatía por los cubanos, me he acercado a hablarle.

Y luego, extendiéndome su mano, agregó: —¿Quiere Vd. ser mi amigo, quiere Vd. estrechar esta mano que, aunque no pertenece a un poderoso, pertenece a un hombre honrado, que le ruega que, al aceptarla, tenga presente que en todo tiempo debe contar con la amistad de Eduardo Guzmán?

—¡Ah, era mi padre! —exclamó Estela dando un grito de alegría.

—¡Siempre generoso y bueno! —exclamó don Lorenzo, juntando las manos con reverente expresión.

—Y ¿cómo llegaron a estrechar esa gran amistad que dice Vd. que los ha unido? —preguntó Estela.

—En Nueva York vivíamos en el mismo hotel, y casi puedo decir en el mismo cuarto; pues yo, en mis largas horas de soledad, no tuve más consuelo que su amable compañía en todo el tiempo que duró mi larga curación. Muchas veces hablábamos de Vd. señorita Estela, y el señor Guzmán me instaba para que viniera a Lima, ofreciéndome generosamente su casa.

—Yo sé que Vd. no quiso venir a Lima, dijo Estela.

—Sí, es verdad: porque, a pisar de mi mal estado, yo sólo deseaba volver al lado de mis compañeros de armas.

Estela, después de un momento de reflexión, dijo:

—Acaba Vd. de decirnos que a papá le dijo que era Vd. víctima de la tiranía española, y Vd. no nos ha referido nada a ese respecto; ¿pertenece acaso esas desgracias a la historia privada de su vida o puede Vd. referirnoslas ahora?

—Sí, contestó Álvaro, —aunque interesa muy de cerca a mi corazón, les referiré esa historia, tanto para que conozcan hasta qué punto abusan de su poder nuestros dominadores, cuanto para cumplir un deber de amistad. En ella hay algo que, si yo callara ahora y llegaran ustedes a conocer más tarde, tal vez se formarían juicio desfavorable de mí, que pudiera menoscabar la estimación del señor Guzmán y la de ustedes.

Álvaro quedó por un momento pensativo, y como si el resultado de esa corta meditación fuera una resolución que había tomado, dijo:

—Sí, es necesario que ustedes conozcan esa historia, que tanto puede influir en mi porvenir, pues que se presta para servir de arma a la maledicencia de mis enemigos.

Todos callaron, y Álvaro, con simpático y varonil acento, principió su relación, que copiamos al pie de la letra, en el siguiente capítulo.